TRILLIZOS

Y EL MISTERIO MAYA

mr̄

Trillizos y el misterio maya

Trillizos0201

mr

© Trillizos0201, 2019
Edición y fijación del texto: Beatriz Lizana López, 2019
© Editorial Planeta, S. A., 2019
Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.mrediciones.es
www.planetadelibros.com

Diseño de cubierta: Planeta Arte & Diseño, 2019
Ilustración de cubierta: Héctor Trunnec
Ilustración de interior: © Andrii Stepaniuk _ Shutterstock

Primera edición: septiembre de 2019
ISBN: 978-84-270-4591-0
Depósito legal: B. 18.257-2019
Preimpresión: Safekat, S. L.
Impresión: Huertas, S. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible.**

Índice

Capítulo 1. Un vídeo para YouTube 11
Capítulo 2. Un destino muy especial 17
Capítulo 3. ¡Bienvenidos al hotel Aruma! 31
Capítulo 4. Arañas que no pican 45
Capítulo 5. La historia del sabio y la tortuga 59
Capítulo 6. El islote misterioso 65
Capítulo 7. ¿Dónde está Aitana? 79
Capítulo 8. La tribu de la selva 89
Capítulo 9. La pirámide maya 103
Capítulo 10. Un guía muy peludo 115
Capítulo 11. El reencuentro 127
Capítulo 12. El chamán que aparece y desaparece 139
Capítulo 13. El viaje de sus vidas 153
Capítulo 14. Un mensaje muy importante 169
Capítulo 15. Es hora de volver 177

Epílogo 189

I
Un vídeo para YouTube

Paula, Pablo y Álvaro comparten apellidos, padres y casa, por lo que sería suficiente con definirlos como hermanos, pero también comparten los diecisiete años que tienen y eso les hace ser especiales. Son trillizos, lo que no implica que hayan nacido en tropel; primero uno y luego otro, poco a poco. ¿Pero quién nació antes? Es la eterna pregunta, y seguro que tú también te lo has planteado alguna vez, aunque el orden de salida para ellos es lo de menos.

Esta tarde, lo realmente importante será quién llegue antes a la base de la montaña. Ahora descansan en una cafetería de Vielha, el pueblo adonde han ido varias veces con sus padres para aprender a esquiar. Otro domingo más, blanco, frío, soleado.

—¿No os pasa que el olor de un alimento os trae un recuerdo a la memoria? —Paula juguetea con el trozo de limón que le han puesto dentro del té caliente y se lo acerca a la nariz con la ayuda de la cuchara.

—¿De qué te has acordado? ¿Ha sido por el limón? —le pregunta Pablo. Recordemos que son trillizos,

pero no te vayas a pensar tú también que se pueden leer la mente, y menos comunicarse por telepatía, como algunos de sus amigos quieren creer.

—Me ha venido a la memoria la vez que eché sal a la limonada en vez de azúcar —dice ella, pensativa.

—¡Como para no acordarse! Me morí de la risa, aunque aquello estaba asqueroso —responde Pablo con una mueca—. Nos tiramos toda la tarde los tres preparando la dichosa limonada, que, aunque parecía fácil de hacer, sí que requería de tiempo, y además era nuestra primera vez haciendo ese potingue. ¿A quién se le ocurre echarle sal a la limonada justo cuando ya está terminada, después de todo el esfuerzo?

—Sabes que para nada fue mi intención, yo lo que quería era echarle azúcar porque me pareció un poco sosa. Vale, me equivoqué, pero ¿te has olvidado de lo mucho que nos divertimos? Estuvimos toda la tarde riéndonos con la chorrada de la limonada hasta que empezó a dolernos la barriga.

—Ya lo creo —afirma Álvaro—, todavía me acuerdo de la cara de asco de Pablo porque va a quedar registrada para la historia. Fue una gran idea lo de empezar a grabar nuestras chorradas en vídeo y subirlas a YouTube; ¡nos lo pasamos genial haciendo el ganso! Aunque Paula, tú también podías haber azucarado solo tu vaso y no la olla entera...

—A ver, los de la limonada, que se levanten, que salimos de nuevo a esquiar —se ríe la madre, mientras paga las consumiciones—. Chicos, recordad que el objetivo de esta tarde es que volváis a casa con la sensación de que sois vosotros los que domináis los esquís, no ellos a vosotros.

Ahí va Pablo, el primero de camino a la pista, el más echado para adelante de los Trillizos. Camina junto a su madre, le siguen Paula y su padre, que van charlando, y por detrás anda Álvaro, que, aunque es el más reservado de los hermanos, hoy será el más lanzado de los tres. Literalmente.

—Papá, ¿nos grabas un rato? —le pide Paula—. Hace un día bonito, seguro que sale un vídeo chulo para subir al canal.

—Venga, va. Seguidme, que vamos a subir sin los esquís a esta parte más alta, a practicar las bañeras. A ver cómo sale hoy. —El padre avanza rápido con la cámara ya preparada, siempre dispuesto a grabarles.

Antes de que te los imagines como tres patitos que siempre han caminado en línea recta siguiendo a papá y mamá patos para que los protejan de todos los peligros, hagamos un pequeño inciso en la historia: ser trillizos no significa que haya que ir juntos siempre a todas partes. Los Trillizos son independientes, a veces coinciden en que quieren hacer una misma cosa, acompañados o no, y otras... Cada pato, perdón, cada hermano tiene vida, voz y despistes propios.

Volvamos con Álvaro, que camina detrás de todos. Él sigue pisando la nieve con fuerza y dejando huellas de *big foot* con esas botas enormes que no le permiten caminar como una persona humana normal. Va absorto observando su rastro y, a velocidad de tortuga, las huellas en la nieve dejan una marca muy profunda. «¿Y si me hago un tatuaje con cuatro huellas? Simbolizaría la unión tan profunda que tengo con mis hermanos. Aunque, ahora que lo pienso, tampoco parece que las huellas sean un símbolo tan original. ¿Y dónde me

lo haría? Me encantan los *tatoos* en el tríceps, pero tiene que doler una barbaridad...».

Cree que solo ha pasado un minuto, sin embargo, cuando levanta la vista ya no reconoce a nadie. Hay mucha gente a su alrededor, pero ni son sus hermanos ni tampoco sus padres. «¿Dónde están? ¿Por qué me han dejado aquí? ¿Y qué hago ahora yo solo?». En la ladera de esa montaña hay más gente que en las Ramblas de Barcelona en hora punta, así que encontrar a su familia va a ser complicado.

Pequeño inciso número dos. Ante situaciones extremas, el cerebro toma una decisión en una décima de segundo. Si tardamos más en movernos o reaccionar, es porque el miedo ya ha entrado en acción. Álvaro podría haberse dado la vuelta para esperar a sus padres en la cafetería, o podría haber gritado sus nombres por si aún estaban cerca. Esta tarde ha decidido que lo mejor es ponerse los esquís y empujarse hacia delante con los bastones. Y que sea lo que dios quiera.

—¡Papá, un momento! ¿Dónde está Álvaro? —Es Pablo quien se da cuenta. Ya casi han llegado adonde iban a comenzar a grabar; sin embargo, han perdido un hermano por el camino.

—Tranquilos, que creo que es aquel que está ahí abajo —comenta Paula—. Mirad, el que lleva el casco verde chillón, es ese. Pero se está poniendo los esquís, ¿dónde va él solo? ¿No ve que está cerca del inicio de pista?

Un padre siempre va por delante, literal y figuradamente, así que este no iba a ser menos.

—Chicos, ¡esperadme aquí! No os mováis, que ahora vuelvo. —Agarra los dos palos con una mano, la cá-

mara en la otra y, mientras se desliza en busca de su hijo, sin darse cuenta le da al botón de grabar.

* * *

—Podríamos titularlo *Hombres bala desaparecen por el horizonte.* —Paula se ríe a carcajadas delante del ordenador; está mirando en bucle el vídeo que ha grabado su padre en la montaña. A Álvaro todavía le tiemblan las piernas. Afortunadamente, solo se llevó por delante a otro novato que no supo frenar a tiempo, pero nada grave. La anécdota quedó en un susto, pero el vídeo ahora se ve genial, grabado desde un plano subjetivo y con la casualidad de que la cámara captó el instante en que se produjo el accidente.
—Ha quedado demasiado bien como para no subirlo a YouTube, chicos. ¿No había un concurso al mejor vídeo del año? —pregunta su madre—. Podríais presentarlo, creo recordar que el premio era un viaje a la Riviera Maya, en México. Hace unos años había un programa en televisión que se llamaba *Vídeos de primera,* se veían caídas y cosas graciosas. También daban viajes como premios; una vez, un conocido mío ganó un viaje a Los Ángeles con un vídeo en el que simulaban que una señora mayor caía por unas escaleras.

—Pues menuda faena —dice Paula.

—Hija, ya ves que a las calamidades siempre hay que buscarle el lado positivo, así que, chicos, no desaprovechéis la oportunidad, metedle efectos de sonido y añadid una voz en off para que quede gracioso.

—¡Qué buena idea, mamá! Se me ocurre que podemos retransmitir la bajada y el golpe de Álvaro como si fuera un partido de fútbol: «Ahí va a toda velocidad

el hombre bala, que adelanta por la izquierda, regatea y... ¡cuidado, que va a ser gooool!».

—Vaya casualidad que papá grabara un vídeo del accidente. De todas formas, no creo que sea tan bueno como para presentarlo.

—Tranquilo, Álvaro, que lo primero es aceptar que somos buenos en esto de hacer y montar vídeos.

—¡Y lo segundo el viaje, Álvaro, el viaje! —dice entusiasmado Pablo—. Si ganamos el concurso, podremos cruzar por primera vez el océano Atlántico y aparecer en esas playas paradisíacas.

—Pero ¿alguien sabe qué más hay en la Riviera Maya, aparte de playas?

—Pues en la Riviera Maya hay playas, palmeras y, sobre todo, hay vacaciones.

—Vacaciones mayas te voy a dar yo a ti —dice Álvaro, mientras le arrea una colleja a su hermano—. Vale, me habéis convencido. Abre el editor y que la suerte nos acompañe.